



Ava Cleyton

MISIÓN MORDERSKA

TRILOGÍA MARTINA HARPER I



SELECCIÓN
Novela negra

Misión Morderska
Trilogía Martina Harper 1

Ava Cleyton

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial

Nadie más que ellos se merecen cada palabra que escribo: mis hijos. Gracias, María, gracias, Jaime, por llevar toda la vida haciéndome feliz. Lo nuestro es amor, chicos. ¡No hay duda!

Aprovecho para dar las gracias a vuestro padre. Él forma parte de *Martina Harper*, y eso nada podrá cambiarlo.

Además, quiero dedicar especialmente este libro a la familia Rubio Moreno: Pedro, mi hermano; Sara, mi cuñada; y Ángela, Germán y Martina; Marti, mi ahijada, la que tanto ha inspirado el personaje de Martina Harper niña, y Sari, su madre, por ser una de mis primerísimas fans, allá por el 2008. ¡Te quiero, *cuñaá!*

Tanto a ellos como al resto de mi familia, mi hermana Julia y mi cuñado Felipe, mis hermanos Tomi y mi cuñada Macarena, y Luis, mi hermano pequeño, todos mis sobrinos: a todos. ¡Gracias, os quiero muchísimo!

Y mención especial, como no podía ser de otra manera a mis padres. Sin vosotros esta gran familia no sería lo que es, y nuestros sueños no hubieran fructificado jamás.

Ava

CAPÍTULO 1

La intensidad de la niebla cubría los alrededores del castillo de San Servando y del puente de Alcántara, en aquella madrugada húmeda del mes de febrero. Desde la carretera de acceso a los alrededores del río Tajo, vislumbrar con claridad el paisaje parecía una ilusión. Acababan de recibir el aviso más inquietante de los últimos años. Un joven universitario salía todas las mañanas a correr con su perro Thor antes de ir a clase. Durante la hora de ejercicio difícilmente interrumpía su rutina para realizar algún que otro estiramiento en el transcurso del recorrido. Llevaba diez minutos escasos de *footing* cuando Thor, que se mantenía a su lado en todo el trayecto, salió como alma que lleva el diablo hacia una vieja casa abandonada, próxima a la carretera del Valle. Se trataba de una antigua propiedad que hacía muchos años sirvió para almacenar el material de un taller mecánico próximo a la Academia de Infantería. Por ese motivo, no era extraño encontrar alguna que otra caja vacía que antaño estaría llena de toda suerte de tornillos, tuercas, arandelas y herramientas de varios tamaños. El corredor había visto la casa cada día. Formaba parte del paisaje, al igual que lo hacían los molestos mosquitos en verano en la ribera del río, pobladas por sauces y tarayes, árboles y plantas que por su naturaleza se resistían a subsistir en soledad, lo que los obligaba a situarse junto a las choperas y a las alamedas. Nada parecía destacar entre los cañaverales, solo la presencia de algún hongo infeccioso que ame-

nazaba con devorar gran parte del hábitat natural de los fresnos y de los olmos podría causar peligro. Sin embargo, el corredor nunca imaginó que su perro lo conduciría al lugar donde se hallaba lo que jamás hubiera deseado encontrar: el hedor de la muerte. Este se le quedaría grabado a fuego, para siempre, en la profundidad de su memoria.

En la escena del crimen, Bruno Bernal y Rubén Espadas de la Policía Judicial, con aspecto de vivir acostumbrados a la tragedia de forma cotidiana, se abrieron paso a través de las ramas mustias de los arbustos. Tuvieron que descartar el acceso con los coches de patrulla. No había dejado de llover en las últimas dos semanas, y el barro y el fango cubrían de charcos la orilla. Junto con ellos llegaron el médico forense y los miembros de la Policía Científica. Bruno Bernal acompañó a estos últimos, mientras su compañero se preparaba para hablar con el universitario. La lluvia hizo acto de presencia de nuevo. El lugar de los hechos era un barrial ocupado por un cuerpo inerte. Todo estaba dispuesto para realizar la primera inspección técnico-policial, diligencia de gran importancia cuyo objeto principal era comprobar la realidad del presunto delito para luego servir de base a la investigación:

—¿Sabemos algo de la víctima, Mon? —preguntó Bruno Bernal. Era un hombre atractivo cuyas canas le proporcionaban un *look* muy interesante. Intentaba mantenerse en su peso, y en su rostro apenas se vislumbraban más arrugas de las «reglamentarias» a los cincuenta años. Conservaba un aspecto bastante saludable, al margen de las presiones y de los nervios inherentes a su oficio.

—Varón, origen caucásico, blanco. Por la longitud de las articulaciones y el diámetro del cráneo, a primera vista parece que se trata de un chico de una edad aproximada de entre tres o cuatro años... ¡Qué horror! Esto es una carnicería —exclamó Mónica Sánchez, una joven de larga melena

castaña y rizada, y ojos demasiado pequeños, aunque muy expresivos, técnica de la Policía Científica, a la que todos llamaban Mon y a la que le entusiasmaba la moda. Ataviada con un chubasquero morado a juego con las gafas, llevaba puestos los guantes de látex e intentaba, a duras penas, sacar las mejores fotografías del cadáver. Las pautas se repetían en cada una de las intervenciones ordinarias, inmortalizando las lesiones externas del fallecido, las manchas de sangre, los cabellos que se encontraban a simple vista y las huellas de arrastre. Mon ya había sacado gran parte de las instantáneas cuando escuchó a su compañero.

—Por lo que se ve —terció el agente Francisco Muñoz, «Paco»—, el crío ha sido brutalmente asesinado —apuntó mientras observaba atónito los restos humanos—. No hay evidencia de sangre en el cuerpo, y lo han descuartizado de forma salvaje. Aunque es probable que la causa de la muerte haya sido un fuerte golpe en la cabeza. Tal vez con una piedra.

—¿Y del universitario? —preguntó Bruno—. ¿Qué podéis decirme?

—Al parecer lo ha descubierto aquí mismo, guiado por su perro —contestó Rubén—. No ha tocado nada, gracias a Dios. Se ha quedado paralizado y está sentado en el coche. Le he dejado una manta. Está muy afectado. Dudo mucho de que su testimonio pueda servirnos de ayuda, aunque no olvidemos que ha sido el primero en tener contacto con el cadáver, por lo que de momento es el único sospechoso.

—¿Pruebas? —volvió a preguntar Bruno.

—Brillan por su ausencia —intervino Paco.

Al igual que Mon, Paco llevaba dos años en la Científica y le apasionaba su trabajo. Era un hombre corpulento, de labios gruesos y pómulos marcados. Le gustaba raparse al cero y en su rostro destacaban los incisivos, por su tamaño

y porque sobresalían de la boca como los dientes de un conejo.

—Fíjate —le explicó—, es como si hubiera sido atacado por una jauría de lobos...

—¿Lobos, aquí? Imposible —contestó Mon—. Recuerda que estamos en un ecosistema en el que abundan los jabalíes, los tejones, los conejos, los erizos, pero lobos, lo dudo. No obstante, las marcas y los desgarros en la piel han de ser *post mortem*. Por su aspecto....

—¿Adipocira? Mira, ha sufrido este fenómeno ligeramente —contestó Paco—. Es extrañísimo, el chico debe llevar muerto más de un mes. Ha desaparecido la rigidez del cadáver característica de las primeras veinticuatro horas. La humedad ha podido acelerar el proceso natural de putrefacción, pero por otro lado el frío lo debería haber conservado mejor.

—No hay restos de grasa en brazos o piernas. La cabeza está desprendida, con un fuerte impacto en la región occipital. Se supone que, bajo la piel, la grasa tendría que haber formado una película jabonosa. Pero es imposible, es aún muy pronto... la adipocira aparece a los tres meses, ¿verdad? Estoy confundida —admitió Mon, que continuaba haciendo fotografías al cuerpecito desmembrado.

—¿Por qué? —quiso ponerlos a prueba Bruno.

—Porque los restos del cadáver parecen de cera —contestó Mon—. Ni gota de sangre o fluidos corporales. Esperaremos el análisis del forense para determinar el tiempo aproximado del fallecimiento.

—Y los mordiscos son distintos unos de otros —añadió Paco—. Ha estado expuesto a la intemperie. En este lapsus de tiempo ha podido ser devorado por toda clase de organismos, desde roedores, perros hasta aves de rapiña, hormigas... Pero, observad. —Levantó el torso del niño con

delicadeza. A la altura de los riñones descubrió una muesca distinta, más grande que la que podría haber provocado la mandíbula de cualquier animal salvaje.

—Ten cuidado, Paco —le advirtió Bruno—. No toques nada. Hemos de ser muy escrupulosos con este asunto. Recordad, este caso requiere toda nuestra atención. No quiero ni un puto descuido.

—Soy consciente, jefe. Además, hasta que no le hagamos la autopsia no tendremos más datos. Son conjeturas, pero esto me parece muy macabro.

Bruno Bernal estaba perplejo. No recordaba tantísima crueldad en ninguno de los asesinatos en los que había trabajado hasta entonces. Hacía más de un mes que recibieron la alerta de que un niño pequeño había desaparecido. El caso llegó a oídos del presidente de Castilla-La Mancha, quedó muy sensibilizado con el asunto. Este se puso en contacto con la comisaría, exigiéndoles la máxima discreción en las investigaciones para impedir crear una alarma social en una ciudad como Toledo, que recibía a miles de turistas durante todo el año.

—¿Macabro solo? Siempre lo son. Cualquier crimen es espeluznante, pero si además la víctima es un niño, el morbo está servido —añadió Mon, mientras recogía los instrumentos de trabajo y los ordenaba en su maletín.

—¿Existen indicios de prácticas sexuales? —preguntó Bruno.

—A simple vista los descartamos. El crío mantiene los genitales intactos. Al menos están en su sitio —observó Paco—. Lo que de momento seguimos sin apreciar es si ha habido tocamiento o cualquier otro tipo de abuso.

Al cabo de una hora, tiempo en el que buscaron algún objeto que pudiera ser utilizado como arma homicida, un cuchillo, una navaja o unas tijeras, lograron separar el perí-

metro de la escena del crimen en forma de rejilla con el fin de recuperar cualquier prueba posible. Uno de los pilares sobre los que se basaba la investigación criminal lo constituía el estudio de las evidencias que hallaran en aquella parte de la orilla, cualquier síntoma susceptible de estudio que pudiera probar un hecho o demostrar la autoría de una persona era una prueba única. La ayuda de los dos pastores alemanes entrenados a conciencia en las labores de la búsqueda y recolección de indicios resultó del todo inútil.

Llegó el Juez. En él recaía la garantía de autenticidad de la cadena de custodia. Bruno Bernal lo puso al día. Era necesario que cada prueba se mantuviera segura hasta su destino. El marco legal así lo exigía. Pero allí apenas las habían encontrado. Se aseguraría de que en su departamento se trabajase con objetividad: «Solo si cumplen todos estos requisitos, la prueba pericial se convertirá en prueba de cargo».

Al terminar, se cumplimentó el acta con los datos: el lugar, el día y la hora del hallazgo, los funcionarios que intervinieron y el número de diligencias policiales. También registró la inspección ocular practicada en un libro específico para ello. En último lugar dictaminó el levantamiento del cadáver. El embalaje se hizo siguiendo las indicaciones de Mon y de Paco. Se vieron obligados a ponerse unas mascarillas, ya que el olor era demasiado fuerte. Subieron al coche junto al joven que lo había encontrado. Debían tomarle las huellas y determinar si tenía relación con lo sucedido. Rubén Espadas, especialista en Psicología Criminal, se encargaría del interrogatorio. Nadie mejor que él para trasladarle la confianza en aquel fatídico trauma. Sabía cómo tratar a una persona en tal estado. Quizás eran sus ojos negros que lanzaban una mirada limpia o su rostro aniñado y redondo que transmitía dulzura. Si aquel muchacho tenía algo que ver, Rubén se las ingeniaría para hacerlo hablar. Aunque Mon y Paco compartían la misma intuición de que

el joven era inocente. Tal y como había explicado, fue su perro quien lo guio hasta la casa abandonada donde, alertado por aquel olor nauseabundo halló el cadáver. Su versión parecía creíble. Su estado lo impresionó tanto que era incapaz de articular palabra. A priori, no se barajaba la probabilidad de la culpa. En su cuerpo no había indicios o huellas, pero la experiencia les enseñaba día tras día a desconfiar de todo como premisa para comenzar a investigar.

Su profesor de Entomología Forense les había asegurado en más de una ocasión que todos los sujetos son susceptibles de esconder en su interior a un ser endemoniado: «Los psicópatas nacen, pero los brotes psicóticos amenazan nuestra existencia desde que somos personas. Los celos de un hombre o la obsesión de una mujer, incluso un joven bajo los efectos de sustancias estupefacientes o el dueño de una tienda de alimentos si fuera atracado tres veces en un mismo mes, son candidatos posibles de convertirse en homicidas de forma eventual en algún momento de sus vidas. Nada ni nadie puede detener el curso del destino y menos si este es trágico. La línea que separa lo normal de todo aquel universo paralelo que amenaza al ser humano es tan fina que cualquiera puede traspasarla en una situación límite. El misterio verdadero reside en descubrir qué clase de mecanismos físicos y químicos, que duermen en nuestro interior, afloran un día cualquiera y provocan que un hombre compasivo o una madre ejemplar se conviertan en seres arrastrados por la inmundicia, una suerte de monstruos, demonios inesperados, con la capacidad de cometer un horrible acto de violencia».

Ante la evidencia, Bruno era también de los que jamás se conformaba con la primera impresión. En el campo de la investigación criminal podía resultar fatal. Le gustaba rodearse de los mejores y pensaba que la opinión compartida era eficaz a la hora de resolver un crimen. Aunque solía hacerse una idea bastante aproximada de lo que podía haber

pasado una vez que recopilaba todas las pruebas, necesitaba del especialista a la hora de dar por concluido el caso. Y nadie mejor que ella, Martina Harper, criminóloga y miembro de la Brigada de Homicidios y de Desaparecidos de la Policía Judicial de Madrid para ayudarlos a desentrañar el meollo de aquel misterioso suceso.

CAPÍTULO 2

Morderska extrañaba a Baddog. Llevaba días sin saber de él.

—Es inútil que sufras. Tu mascota se ha marchado al Valle de los Lobos. Esta noche hay luna llena y ha sido convocado para cazar. Ha de renovar su sangre. Su instinto ordena y él obedece, como todos nosotros. —La gravedad de su voz había congelado el gran lago—. ¿No es así? —le preguntó Torturador, cuyo cuerpo mitad hombre mitad bestia proyectaba hacia ella una sombra estremecedora. De su cabeza emergían dos grandes cuernos de fuego y una larga cabellera grisácea que contrastaba con el color amoratado de su ser, rematado en una gran cola de dragón. Hacia donde dirigiera su mirada, lo envolvía todo con su infinito poder y acaparaba la inmensidad del terror desde el altar de oro en el que se hallaba. Morderska se encontraba sentada frente al Gran Espejo Revelador en un sillón gigantesco, en el cual se sentía insignificante.

—Sí —contestó—. El mal es nuestro instinto primigenio, el único motivo por el que estoy aquí. Quimérico imagino el fin de mis días sin Él —musitó resignada.

—Ese día llegará. Te desharás de tu carga. Pero antes necesito que termines la misión —le ordenó Torturador—. Conoces el porqué de que te haya convocado a mi palacio. Has tenido claras oportunidades de traspasar el poder que te fue concedido y conservarlo para siempre. ¿Te figuras lo

perjudicial y pernicioso que sería para todos los habitantes del Reino de los Asesinos Perpetuos si cada uno de nosotros nos arrepintiéramos de nuestros crímenes? ¿De qué nos alimentaríamos? ¿Sabes la falta que hace en la Tierra de los vivos que existamos? Te aseguro que un mundo sin maldad es, sencillamente, inconcebible. Si te digo la verdad, Morderska, dudo mucho que al final de los tiempos triunfe el bien.

—¡Pobres mortales! —contestó la súbdita—. Solo se trata de una utopía. Pero has de morir para comprenderlo todo. Por el mismo motivo, ellos ansían la perfección, pero la felicidad plena tan solo es una fantasía.

—¡Muy bien, mi querida Morderska! Existimos en la crueldad de sus sueños, en la perversión de sus conciencias. Y gracias a nosotros la especie sobrevive. Somos necesarios. No alcanzo a comprender por qué se empeñan en luchar contra algo que llevan grabado en sus almas desde que nacen. Pero dejemos a un lado mis teorías. Me encantaría seguir con la charla toda una eternidad. Sin embargo, tengo otros muchos asuntos que atender, conflictos bélicos, terrorismo, violaciones... —enumeraba mientras esbozaba una gran sonrisa—. Espero que comprendas que lo más importante para ti es la misión. No quiero que cometas más errores. De lo contrario tu castigo será aún mayor.

—Pero, mi señor —contestó ella llevándose las manos a la cara a modo de súplica—. En ocasiones anteriores las humanas se enamoraron antes de que pudiera adueñarme por completo de sus almas.

—¡Exacto! —exclamó Torturador al tiempo que daba un puñetazo sobre el asiento de oro que retumbó en todo el palacio—. Esta vez no permitiré que te confundas. Actuarás con pies de plomo. La niña portadora del Bien Infinito no debe nacer. ¡Jamás! Tienes que evitarlo a toda costa. De lo contrario, nuestro feudo correrá un grave peligro. Pero ella

lo ignora. Ahora solo se trata de una joven humana inocente que perdió a su progenitora en su nacimiento hace veinte años. Su nombre es Elisa.

—Fui una inepta cuando tuve que traspasar el filtro. El amor, cuando es de verdad entre los humanos, es tan potente que a veces creo que tampoco ahora seré capaz de...

—¡Basta! No consentiré el más mínimo atisbo de cobardía. Si has sido competente para traspasar tu gen a lo largo de varias generaciones desconozco qué te impide que esta vez sea distinto.

—Deseo con todas mis fuerzas que esa criatura herede mí mal. ¡Lo necesito! Ella es la única que será capaz de liberarme de esta carga que me ha postrado a este sórdido lugar.

—Debes conseguirlo. Elisa ha de convertirse en la más perversa asesina que haya existido jamás. De lo contrario sucumbirá al amor, igual que su abuela y su madre, y dará a luz a una criatura tan poderosa que incluso yo podré desaparecer.

De repente surgieron imágenes en el espejo. Morderska las miró con sorpresa. Se trataba de una joven tocada por Venus. La palidez de su rostro y la larga melena castaña brillaban al sol. Por un momento pensó en ella misma cuando era Enriqueta Martí. Su parecido físico era espectacular. Las mismas facciones. Su cuerpo estaba bien formado, caderas redondeadas y pechos firmes. Aquella muchacha se encontraba rodeada de niños pequeños, en lo que parecía un colegio. Morderska recordó su juventud en Barcelona, junto a Quim. Por las tardes *paseaban* por las ramblas y por los parques. Solía haber niños que jugaban en los columpios.

—Todo se hereda —la interrumpió Torturador—. Al igual que tú, «adora» a los niños. Por ese motivo te resultará sencillo introducirte en su alma a través de los sueños y